

CONTENIDO

Editorial: Estampidas

Actualidad: Antiprogresismo
*Un fantasma que recorre
América Latina*

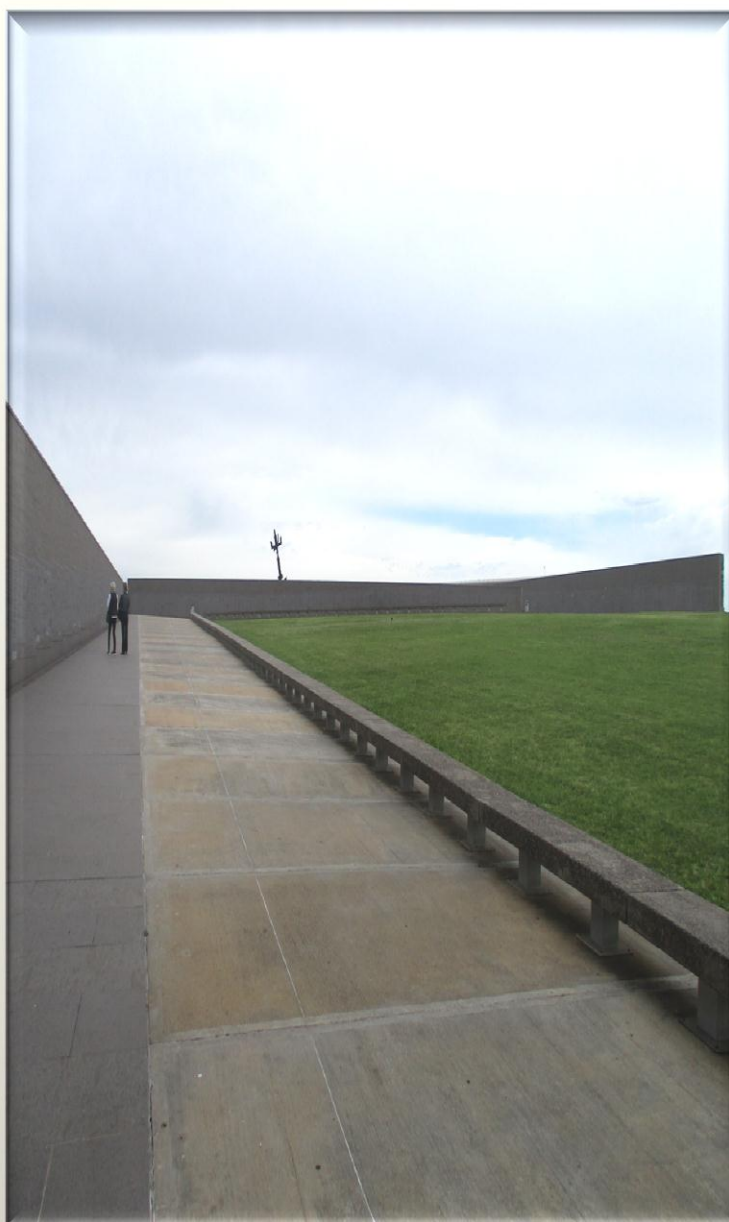
Debate: Derechos originarios
y capitales extractivos

Opinión: Migración luces y
sombras

*Elaborado por el polo latinoamericano de
Reinventerra del Centro de investigaciones
interdisciplinario sobre desarrollo
internacional y sociedad*

Cirdis-Uqam

REINVENTERRA TERRITORIO RECURSOS NATURALES ACTORES



Editorial: Estampidas

En el contexto de fuertes desplazamientos de población a nivel mundial América latina aporta su propia cuota al fenómeno.

Unos 32 millones de latinoamericanos se han movido en las últimas décadas, con diversa intensidad y dimensión según los países. Por periodos grupos importantes se movieron frenéticamente presionados por las dictaduras y la pobreza en el siglo pasado. Luego hubo situaciones de relativa calma e incluso de retorno a los países de orígenes; sin que por ello el asentamiento en países terceros desapareciera. En algunos casos ha sido muy superior a los eventuales regresos. En los últimos años se están comenzando a vivir nuevamente situaciones críticas, agregándose a algunas que se han vuelto crónicas. Verdaderas estampidas se están produciendo, como las ocurridas en Haití, Nicaragua o Venezuela, producto de catástrofes humanitarias y crisis políticas. El contexto y las repercusiones son sin embargo muy distintos a las situaciones del pasado.

La sensibilidad de la opinión y la tolerancia necesaria se han visto afectados por factores subjetivos y objetivos. La rapidez e intensidad de los desplazamientos y su concentración en ciertos puntos geográficos han generado tensiones, en algunos casos conflictos abiertos. Ha sido el caso en Colombia, Brasil, Ecuador y Chile, por ej entre nacionales y migrantes venezolanos y colombianos. Ello ha exacerbado prejuicios y reacciones

de intolerancia. El clima internacional tampoco es favorable a estos desplazamientos, con tensiones fronterizas en centro América, México, Estados Unidos, etc. Los discursos nacionalistas y de seguridad facilitan este clima. Los tiempos de una migración silenciosa, casi osmótica se han acabado.

El cambio de ciclo político en la región es otro poderoso factor de tensión en torno a las migraciones. El retorno de políticas conservadoras, de empobrecimiento, vuelve más restringidas las posibilidades de integración y las oportunidades. Los servicios públicos ya deficitarios o debilitados se saturan, junto con el trabajo informal o el empleo estacional que produce fricciones locales que repercuten nacionalmente.

Los cambios de gobierno en Argentina, Brasil, Ecuador, la crisis venezolana y el poco apego de los adheridos a los acuerdos del pacífico, abortaron el proceso de integración regional con Unasur y revirtieron el discurso favorable a la patria única latinoamericana. Otra vez solo hay discursos de globalización, acuerdos con China al mejor postor y competencia externa. Con ello las políticas se hacen también más selectivas y restringidas en materia de llegada, tránsito y acogida de inmigrantes sin capital. La presión en los lugares de llegada genera situaciones de marginalidad y discriminación, aprovechada por la búsqueda de mano de obra barata lo que tensiona aún más las condiciones laborales.

Los datos ilustran la situación de manera en que se mezclan situaciones de arrastre con otras nuevas, solo los disimulos oficiales han podido por tanto tiempo ocultar las responsabilidades.

Colombia es de lejos la situación más crónica. Con 7.7 millones de desplazados internos ha producido desplazamientos críticos hacia Venezuela y Ecuador por largos periodos. En 2017, salieron más de 90.000 colombianos hacia otros destinos. Ahora en retorno la crisis venezolana aporta 2.3 millones de personas, 900 mil en los últimos años, que se concentran en diversos países. Nicaragua, país de emigración tradicional hacia Estados Unidos, ha movido 25.000 personas en pocos meses hacia Costa Rica, ya saturada. Bolivia, Chile, Perú y Argentina conocen migraciones transfronterizas incrementadas en los últimos años.

En consecuencia, ha crecido la inquietud pero también la intolerancia y la falta de políticas.

Es sabido, ningún país o grupo de ellos, puede resolver sus problemas por expulsión de población. Las remesas centroamericanas, es sabido, han sido una perfusión de sobrevivencia; pero no han resuelto los problemas endémicos.

Las discusiones regionales deberían poner énfasis en la solución de las crisis, en vez de limitarse a la emergencia. No dismantelar, proteger o mejorar los servicios sociales en cada país sería un buen comienzo. Algo que ha recomendado Naciones Unidas, incluso recientemente para Argentina.

A ctualidad

Anti progresismo Un fantasma que recorre América Latina

Lejos de ser solo «un Trump», Jair Messias Bolsonaro es un candidato con tintes fascistas en un país con mucha menos solidez institucional que Estados Unidos y que ya vive altas dosis de violencia política. Los resultados de ayer expanden el ya existente bloque parlamentario BBB (buey, biblia, bala) hacia dimensiones hasta hoy desconocidas. Pero el anti progresismo no se limita a Brasil. Se expande por toda la región y pone en riesgo los avances democráticos de las últimas décadas.

Por Pablo Stefanoni
Octubre 2018

Sí, ayer en la primera vuelta ganó, como escribía un corresponsal, un político autoritario, racista, machista, homófobo; una persona que encarna los valores más retrógrados acaricia la Presidencia de Brasil. Obtuvo más votos de los que anticipaban las encuestas, arañó un triunfo en la primera vuelta y tiñó con sus colores casi todo el país, salvo el nordeste. Brasil y América Latina se enfrentan, así, a un nuevo escenario que ya no es solamente el fin del ciclo progresista y su eventual reemplazo por fuerzas de derecha o centroderecha en el marco de la democracia, sino un corrimiento de las fronteras hacia otro terreno: el potencial triunfo en segunda vuelta de un candidato que, mediante una campaña llena de biblias y balas, reivindica abiertamente la dictadura, hace alarde de la violencia y desprecia todos los valores que

fundamentan el sistema democrático.

No es solo «un Trump», es un candidato con tintes fascistas en un país con mucha menos solidez institucional que Estados Unidos y que ya vive altas dosis de violencia política. Los resultados de ayer expanden el ya existente bloque parlamentario BBB (buey, biblia, bala, en referencia a terratenientes, pastores evangélicos y ex-integrantes de fuerzas de seguridad) hacia dimensiones hasta hoy desconocidas. Como dice un periodista de *El País*, la «B» de Bolsonaro los terminó articulando a todos ellos. Y los dejó a las puertas del poder.

La principal razón del crecimiento de Bolsonaro está ligada, para la historiadora Maud Chirio, «a la construcción de la hostilidad hacia el Partido de los Trabajadores (PT) y a la izquierda en general. Esta hostilidad recuerda el anticomunismo de la Guerra Fría: teoría del complot, demonización, asociación entre taras morales y proyecto político condenable. Bolsonaro se apropió de este simbolismo de rechazo, que se sumó a las implicaciones del PT en casos de corrupción. No se trata solo de un desplazamiento de los conservadores hacia la extrema derecha, sino de una adhesión rupturista». Como ya advirtiera el historiador Zeev Sternhell, el fascismo no solo era reacción, sino que era percibido como una forma de revolución, de voluntad de cambio frente a un *statu quo* en crisis.

No es posible, desde el progresismo, rehuir las responsabilidades por estos años de gobiernos «rosados». Que tanta gente esté dispuesta a votar a un Bolsonaro para evitar que

vuelva el PT es en sí mismo un llamado a la reflexión, más aún cuando eso ocurre en las zonas más «modernas» de Brasil, donde nació un partido que enamoró a toda América Latina y hace años que viene perdiendo apoyos. Como expresión de este rechazo, Dilma Rousseff, contra todas las encuestas preelectorales, quedó fuera del Senado en Minas Gerais. Y el PT hizo mucho por debilitar su épica originaria, su integridad moral y su proyecto de futuro. Pero no solo a eso se debe el rechazo.

Como hemos señalado en otra oportunidad, la lucha de clases *soft* que durante su gobierno mejoró la situación de los de abajo sin quitarles a los de arriba terminó por ser considerada intolerable para las elites. El caso de Brasil confirma que las clases dominantes solo aceptan las reformas si existe una amenaza de «revolución», y la llegada al poder del PT estuvo lejos de la radicalización social; al mismo tiempo, impulsó políticas en favor de los «de abajo» en un país tradicionalmente desigual. En todo caso, la experiencia petista terminó exhibiendo relaciones demasiado estrechas entre el gobierno y una opaca «burguesía nacional (como frigoríficos o constructoras), que socavaron su proyecto de reforma ética de la política y terminaron por debilitar la moral de sus militantes.

Es decir, el actual rechazo a los partidos progresistas que gobernaron tiene una doble dimensión. En toda América Latina está emergiendo también una nueva derecha que articula un voto que se opone a los aciertos. El racismo como rechazo a una visión racializada de la pobreza, y el conservadurismo contra los avances del feminismo y las minorías sexuales. El crecimiento del

evangelismo político y la popularidad de políticos y referentes de opinión que declararon la guerra a lo que llaman «ideología de género» son algunos de los vectores para la expresión política de un anti progresismo crecientemente virulento.

«Estamos en guerra, estamos a la ofensiva. Ya no a la defensiva. La Iglesia por mucho tiempo ha estado metida en una cueva esperando ver qué hace el enemigo, pero hoy está a la ofensiva, entendiendo que es tiempo de conquistar el territorio, tiempo de tomar posición de los lugares del gobierno, de la educación y de la economía», exclamó en el Centro Mundial de Adoración el pastor evangélico Ronny Chaves Jr. durante la campaña presidencial de Costa Rica, en la que un candidato evangélico pasó a la segunda vuelta en abril de este año. Es cierto, también hay que decirlo, que Rousseff se alió con ellos, pero ahora muchas de estas iglesias, como la Universal, parecen «ir por todo» sin necesidad de pragmáticas alianzas con la izquierda.

Las nuevas extremas derechas atraen, además, parte del voto joven y construyen líderes de opinión con fuerte presencia en las redes sociales. Estos movimientos se presentan incluso como antielitistas, aun cuando —como ocurre con Bolsonaro— su propuesta económica sea ultraliberal y sea apoyada con entusiasmo, en la última fase, por los mercados. Como ha señalado Martín Bergel, ha venido siendo muy eficaz un relato que asocia a la izquierda con los «privilegios» de ciertos grupos, que pueden incluir hasta a los pobres que reciben planes sociales, frente al pueblo que «realmente trabaja y no recibe nada».



El progresismo continental se encuentra así frente a una crisis profunda —política, intelectual y moral—. La catastrófica situación venezolana —difícil de procesar— viene siendo de gran ayuda para las derechas continentales. Por no hablar de los silencios frente a la represión parapolicial en Nicaragua. En este contexto, el reciente llamado de Bernie Sanders a constituir una nueva Internacional progresista—que tenga como ejes el rechazo al creciente autoritarismo alrededor del mundo y la lucha contra la desigualdad— resulta tan oportuno como difícil de pensar en una América Latina donde gran parte de las izquierdas se entusiasma con figuras como Vladímir Putin, Bashar al-Asad o Xi Jinping como supuestos contrapesos al Imperio.

A diferencia de encuentros anteriores, cuando las izquierdas constituían fuerzas expansivas en la región, la última reunión del Foro de San Pablo en La Habana en julio pasado estuvo marcada por los discursos centrados en la «resistencia» y el atrincheramiento. El lugar elegido —La Habana— y la presencia de figuras históricas del ala más conservadora del gobierno cubano contribuyeron a un repliegue ideológico en un discurso antiimperialista cargado de nostalgia hacia la figura del fallecido comandante Fidel Castro y sin espacios para un análisis reflexivo de las experiencias —y retrocesos— de estos años. La defensa cerrada de Nicolás Maduro y Daniel Ortega fue la consecuencia lógica de esa deriva.

Pero recuperar las capacidades expansivas requiere salir de las zonas de confort ideológicas y de la auto victimización.

Parafraseando una expresión francesa respecto a su propia extrema derecha, Bolsonaro logró «desdiabolizarse». Y de ganar el balotaje, no estará solo en el mundo. Al mismo tiempo, nadie en la región —en medio de los retrocesos integradores— será capaz de ponerle límites. Un triunfo del ex-capitán sería uno de los mayores retrocesos democráticos desde las dictaduras militares de los años 70, sin que hoy podamos anticipar las consecuencias. La imagen de un votante que se filmó apretando los botones de la urna electrónica con el cañón de un revólver—obviamente votando en favor de Bolsonaro— fue una de las postales de una jornada que no anticipa nada bueno para Brasil ni América Latina.

(Tomado de revista Nueva sociedad edición digital)

DEBATE **Derechos originarios y capitales extractivos**

Miguel Leone¹

Dos procesos se tensionan en el presente de América Latina. Por un lado, durante las últimas décadas el continente ha visto emerger con vigor las demandas de los pueblos originarios; alcanzando a plasmar muchos de sus derechos territoriales en marcos jurídicos y normativos de los estados. Por otro lado, prácticamente durante el mismo período, el continente se convirtió en escenario (negativamente) privilegiado del avance de las fronteras del capital en la lógica del neo-extractivismo. Avance que precisamente implica en muchos casos robar para sacrificar territorios de los pueblos originarios.

Frente a este es escenario de conflicto –latente y manifiesto–, los gobiernos pueden recurrir a distintas estrategias. En el caso argentino se observa que la estrategia está siendo la construcción (imaginaria, pero con decisivos efectos de verdad) de la figura del “indio terrorista”. Se trata de una estrategia que es sostenida en estrecha alianza con el capital más concentrado y a partir de un aceitado mecanismo de aprendizaje sobre el caso chileno (Leone, 2018).

Esta estrategia permite justificar la recesión de derechos (estado de excepción [Agambem, 2005]) de los

pueblos originarios y, en ese sentido, resulta fundamental para las actuales urgencias de acumulación del capital. Como señaló la Ministra de Seguridad, el gobierno nacional busca “distinguir con absoluta claridad” entre los Pueblos Originarios que “resuelven pacíficamente sus demandas”; de “los otros”, los que “no tienen reivindicaciones” y “han tomado a la violencia como la forma de acción política”². Claramente, las de la Ministra son sentencias falces. Pero ello no les impide construir realidad. Para el caso, apuntan a dar forma a una idea de activistas mapuche que no respetarían las leyes, la nación y el Estado y, en nombre de ello, resultan dignos de ser sacrificados en el altar de la “lucha contra el terrorismo y el crimen organizado”.

Como han señalado varios autores, durante el gobierno de Mauricio Macri se ha iniciado un programa gubernamental de (re)militarización de la seguridad pública (Anzelini, 2017). El mismo se inscribe en la doctrina norteamericana de “las nuevas amenazas” (Tokatlian, 2004). En ese esquema, el gobierno recientemente ha avanzado³ en permitir lo que por consenso plural, democrático e interpartidario está prohibido en la sociedad argentina; esto es, que las Fuerzas Armadas intervengan en asuntos de

Seguridad Interior. Así, se desdibujan las fronteras entre seguridad y defensa. Y –como si ello fuera poco– en el marco de ese programa, existe un esquema de seguritización de lo indígena que, en el presente, está tomando fundamentalmente al pueblo mapuche como objetivo.

Seguritizar implica leer como asunto de seguridad cosas que en absoluto responden a esa naturaleza. La seguritización de las “cuestiones indígenas” lleva a que la política estatal indigenista deje de ser ideada y aplicada a través de las carteras de educación, salud o desarrollo social; y pase en cambio a ser agenda de los Ministerios de Seguridad o (ahora también) de Defensa. El esquema se traduce en tres grandes líneas de acción: la criminalización, la represión y la construcción de nuevas formas de otrerización negativa sobre los pueblos originarios. Por lo primero, las protestas indígenas pasan a ser entendidas como “peligros a la seguridad nacional” y/o “amenazas al orden social”; los lazos de solidaridad entre organizaciones sociales son denunciados como mecanismos de “asociación ilícita” y (*last, but not least*) los activistas son judicializados, impulsando causas penales, allanamientos y detenciones sobre los principales referentes. En virtud de la represión; está claro: se violenta. Pero además es importante notar que existe una técnica policial-gubernamental dirigida a producir *in situ* el hecho reprimible. Frecuentemente las Fuerzas de Seguridad se esmeran en crear las condiciones necesarias para su propia intervención. Ya sea provocando a los pobladores con las más hirientes manifestaciones de racismo, o renunciando estratégicamente a su deber de prevención para que cuando la acción de reclamo emerja, les de la

¹ Sociólogo y Doctor en Ciencias Sociales. Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe; Facultad de Ciencias Sociales; Universidad de Buenos Aires/ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)
 Correo electrónico:
 miguelleone@hotmail.com

² <https://www.google.com/url?q=http://www.lanacion.com.ar/2086149-la-bala-que-mato-a-rafael-nahuel-es-una-9-mm-como-las-que-usa-el-grupo-albatros>

³ El decreto 683/18 modificó la reglamentación de la Ley de Inteligencia (2001) y el decreto 703/18 intervino sobre la Organización y Funcionamiento de las Fuerzas Armadas. Ambos decretos fueron emitidos en julio de 2018.

perfecta justificación para el uso de su fuerza.

En tercer lugar, las nuevas formas de otrerización negativa resaltan por distanciarse de los modos tradicionales de marcar al indio. Por un lado, este ya no es entendido como inferior, incapaz y sujeto a ser integrado; sino como peligroso y astuto criminal que resulta imperioso excluir. Por otro lado, se observa un pasaje de la negación a la negativización: el eje ha dejado de ser la invisibilización de la presencia originaria en el presente y la historia de "la Nación". En su lugar, el centro de la escena lo ocupa la promoción de su visibilización; pero es una visibilización hecha con el sólo fin de "mostrar" y "demostrar" su "alto nivel de peligrosidad".

El resultado de estos esquemas securitarios y de militarización están dando lugar a un alarmante incremento de la persecución sobre los pueblos originarios y, en particular, sobre el pueblo Mapuche. Pues es éste el pueblo originario más populoso de Argentina; es también el más organizado y concientizado en sus luchas; y es a quien le pertenece el territorio especialmente rico en hidrocarburos de la provincia de Neuquén.

En este contexto se produjeron la desaparición forzada (seguida de muerte) de Santiago Maldonado (1 de septiembre de 2017) y el asesinato de Rafael Nahuel (25 de noviembre de 2017). Es en este contexto, también, que hay cerca de 145 los líderes y referentes mapuche judicializados. Es cierto que el relato de que los mapuches son terroristas parece estar lejos de convertirse en sentido común en la sociedad argentina. Pero no debíamos subestimar la capacidad performativa de los medios y los gobiernos en sus "posverdades"

(que, hablando claro, debemos llamar mentiras; sin más). Por eso, es urgente estar alertas, detectar las estrategias discursivas y políticas (toda estrategia discursiva es siempre política) en el momento mismo en que se están desarrollando. Tal es la manera de desarmarlas. Luego, para confrontarlas, precisamos articular alianzas entre los sectores populares y en lucha. Es el desafío. Ese también es el sentido de estas líneas.



Referencias bibliográficas

- Agambem, Giorgio (2005), *Estado de excepción. Homo sacer, II, I*, Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.
- Anzelini, Luciano (2017), *El gobierno de Macri y la re-militarización de la seguridad pública 2015-2017: algunos apuntes para la discusión*, Buenos Aires: Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo.
- Leone, Miguel (2018), "Seguritización de la indigeneidad. La actual política indigenista de Argentina y Chile", *Revista Questión*, vol. I, N° 59, Invierno, (julio-septiembre) 2018; 1-25. <http://orcid.org/0000-0002-1618-6968>
- Tokatlian, Juan Gabriel (noviembre 2004). "Consecuencias regionales de los atentados: Desafíos para América Latina", en: *Encrucijadas*, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de

Buenos

Aires:

<http://repositorioubasibbi.uba.ar>

O

pinión

Migraciones Luces y Sombras Angel Saldomando

El debate sobre la emigración se ha extendido por todo el planeta y tiene repercusiones particulares en cada país según su historia, su cultura dominante, sus prejuicios. Dada la importancia del fenómeno, por su magnitud e impacto, hay que constatar que estamos frente a un nuevo ciclo de acomodamiento de la población en diversas zonas del planeta.

Unos 300 millones de personas están en movimiento migratorio, 70 millones según Acnur a consecuencia de conflictos, unos 32 millones de latinoamericanos tienen la condición de migrante, ya sea transfronterizo o transnacional. No cabe duda que el manejo de la situación se hace tenso y dramático, como lo ilustra la tragedia del mediterráneo, zonas desbordadas como la isla Lampedusa en Italia o "la jungla de Calais" en Francia. La frontera entre Burkina Faso y Costa de Marfil, el Congo o Uganda. Más cerca, las fronteras con Venezuela con Brasil y Colombia, de esta con Ecuador y al otro extremo con Perú viven tensiones por flujos de emigrantes. Otros países comienzan a vivir un debate inédito, como en Chile, por la creciente presencia de inmigrantes.

El abanico de posiciones que se despliega va desde el puro y simple rechazo de la emigración, basado en un nacionalismo xenófobo; a posiciones de acogida e integración, pasando por diversas variantes de regulación, más o menos estrictas, según el país.

La cuestión más trascendente es si esto es un ciclo temporal que será absorbido "naturalmente" o es una tendencia global de reacomodo de la población que modificará parámetros importantes de composición de las comunidades. Las posiciones de rechazo o de acogida de alguna manera reaccionan a la cuestión de fondo, aun si a veces es solo a tientas y de manera prejuiciada. Lo que es básico es que el abordaje no puede hacerse bajo preceptos raciales, discriminatorios y de negación de derechos universales. Junto con ello, hay que asumir el problema en toda su crudeza sin refugiarse en conformismos políticamente correctos, en nacionalismos estrechos o en una integración idealizada. Las sociedades abiertas, plurinacionales e integradas son deseables pero difíciles de alcanzar como un todo.

Migraciones: rupturas históricas.

Las migraciones no son naturales ni voluntarias, a no confundir con el moderno turismo de masa, estudios en el extranjero o expatriación voluntaria.

Lo que importa destacar es que las migraciones fueron siempre traumáticas. Hambrunas, guerras, invasiones, persecuciones y tráfico de esclavos fueron los motores de esos desplazamientos. La historia más recurrida, por conocida, (entre el siglo 19 y el 20) es la de las migraciones europeas hacia América. Contra toda mitología idealizada, irlandeses, italianos, españoles, galeses, judíos, escapaban del hambre, la pobreza y las persecuciones. Las migraciones intra-europeas no tuvieron un origen distinto como tampoco las que originaron los

imperios coloniales en su fase de disolución.

Basta citar las dos últimas migraciones más importantes: luego de la primera guerra mundial (más de 5 millones de personas) y la segunda guerra mundial (más de 40 millones de personas). Sin hablar de la española, portuguesa y griega por sus respectivas dictaduras y pobreza en el siglo pasado. Grosso modo, en parte del siglo 20, hasta donde es posible disponer de cifras aproximadas, se desplazaron más de 75 millones de personas. Un destino importante fue América, dos de los países más receptores fueron Estados Unidos y Argentina. A ello habría que agregar la salida de 32 millones de latinoamericanos, por represión y pobreza, que se desperdigaron por el mundo en los años 80 y 90 del siglo pasado en un fenómeno inédito.

Un punto importante a destacar es que la expulsión de población, en las primeras oleadas, tuvo como contexto que diversas zonas y en particular en América estaban en formación, contaban con amplitud territorial o se forzaba la disponibilidad de estas.

Las últimas oleadas carecen de esas condiciones. No es lo mismo recibir 15 millones de personas entre 1900 y 1914, en algunos casos el 10 o 15% de la población de un país (como expulsó Irlanda o Italia) y la misma proporción en la actualidad. Caso extremo es China, que está exportando población a nivel mundial, (si desplaza 10% se trata de 130 millones de personas.) Las condiciones actuales son más restrictivas y tensas a la llegada, como igualmente las condiciones de partidas de esos flujos siguen siendo traumáticas.



Integración

Las condiciones en que se operan los flujos migratorios hacen difícil su regulación y generan rápidamente cuellos de botellas y situaciones críticas de integración. Esto es innegable y solo se diferencia por la escala y las condiciones del país de llegada: que disponga o no de políticas adecuadas, de estabilidad y de condiciones materiales.

La integración ha sido difícil en todos los países y lo es en la actualidad. Los dos factores más potentes de integración han sido tradicionalmente el trabajo y la escuela, el acceso a servicios y el desarrollo de una segunda generación con más posibilidades que la primera.

Pero el mundo ya no se debate por un ideal de integración social, universalista, está mercantilizado, individualista y con población "sobrante" creada por la globalización en todas partes. La integración se hace más difícil y conflictiva, por abajo y por arriba.

Los procesos migratorios y la acogida han tenido diversas características. La migración de principios del siglo 20 terminó por asimilarse. Las más reciente: migraciones planificadas, están cerradas (Canadá, Australia, Nueva Zelanda). Migraciones y regularización, producto de situaciones coloniales siguen conflictivas (Francia, Inglaterra). Migraciones producto de situaciones geopolíticas igualmente (Alemania, la ex Unión Soviética, Vietnam por ej.)

Otras son caóticas y están desbordadas, como recientemente en medio oriente y África del norte, y a la llegada: en Grecia, Italia por ej. Pero también hay situaciones críticas en América latina, en México, Estados Unidos, Venezuela, Centro américa, etc.

A ello hay que agregar situaciones transfronterizas, (Venezuela, Colombia, Ecuador), y los desplazados internos. Al final se configuran zonas de expulsión de población, zonas de tránsito y zonas de llegada, con diferentes niveles de tensión. En general se puede decir que una acción internacional coordinada es difícil de realizar en los tres ámbitos.

Una sociedad integradora versus exclusión

La emigración, a partir de cierto punto, pone de relieve rápidamente las capacidades de integración de una sociedad en todos sus ámbitos, desde el cultural, hasta los servicios. Ello requiere de un debate y de decisiones basadas en un diagnóstico lo más realista posible.

Tres problemas aparecen. Las condiciones del país para definir políticas de migración y hacerlas efectivas. Como es sabido ni los países con más densidad institucional han resuelto este problema fácilmente. Incluso los que buscaron planificarla se han adaptado paulatinamente al fenómeno que terminó por superar las previsiones originales. Instalar un marco normativo, es inevitable, en torno a las capacidades del país y sus orientaciones en términos demográficos, poblacionales y territoriales. El no tener mínimas nociones al respecto complica considerablemente el problema.

Esto lleva a la segunda cuestión: cuál es la proporción y las condiciones de una inmigración integrable. Indudablemente que países con rezagos en términos de servicios, desigualdad y desequilibrios territoriales, terminarán por agregar focos de pobreza y exclusión a los ya existentes. Sin condiciones de integración la apertura e integración y los niveles de tolerancia se volverán muy conflictivos. Y no se puede ignorar que en cierto punto, variable en cada sociedad, el nivel de tolerancia decae.

Es difícil determinar con un solo criterio las posibilidades de integración de inmigrantes en una sociedad, pero algunos parámetros deberían plantearse.

También aquí cuestiones culturales y de identidad deben ser tratadas y no ignoradas o sublimadas. El hecho de que pertenecemos todos a la misma humanidad no anula las historias culturales e identitarias. Ignorarlas es un grave error, porque afecta la convivencia y el reconocimiento de nuestra diversidad. El hecho es que no somos equivalentes en términos culturales. Para unos es riqueza y para otros es amenaza y si no se comprende esto y se trabaja sobre ello, no hay solución posible.

EDITOR: ANGEL SALDOMANDO

El boletín es elaborado por el polo Latinoamérica del proyecto Reinventerra del Cirdis. Trabaja en alianza con investigadores, proyectos de investigación y centros latinoamericanos

www.cirdis.uqam

